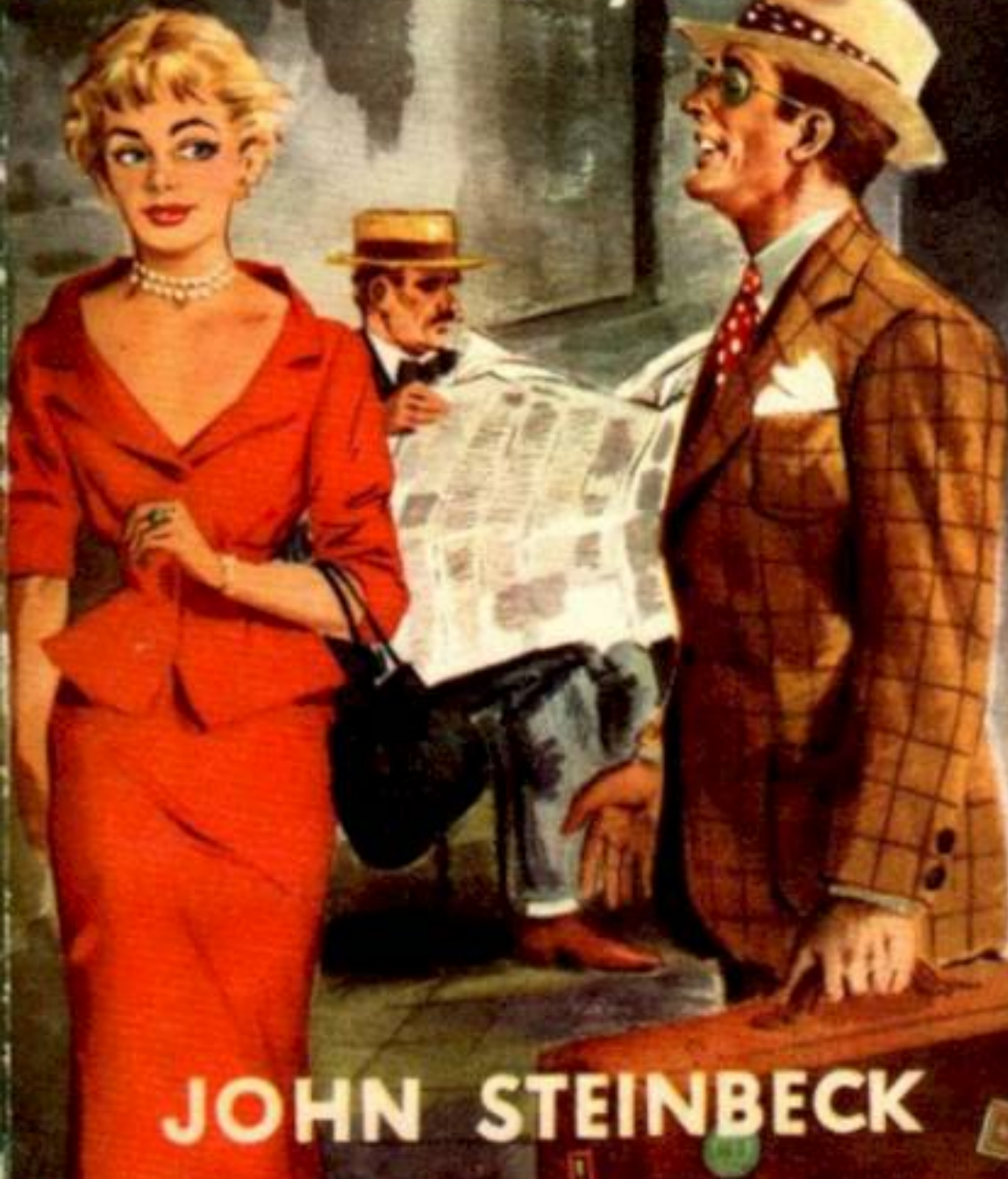


UN AMERICANO en Nueva York y en Paris



JOHN STEINBECK

«Mi amigo Robert Capa ha muerto en el Norte del Viet Nam, triturado por una mina. Un panel de mi horizonte se derrumba. He trabajado con Capa, he recorrido el mundo con él. Juntos, conocimos la guerra. El hombre era valiente, era mi amigo. Con él se apaga mucha de mi alegría».

John Steinbeck. *Un americano en Nueva York y en París*.

Este libro es una edición argentina compilación de artículos y algún relato bastante variados. La parte de París consta de los artículos que escribió para *Le Figaro* cuando estuvo viviendo en París y el resto es un poco más heterogéneo incluyendo artículos sobre Nueva York, sobre el turismo, sobre las campañas electorales... en fin un poco cajón de sastre. Pero, claro, cuando el sastre es Steinbeck todo es bueno.

EL NACIMIENTO DE UN NEOYORQUINO

NUEVA York es la única gran ciudad en la que he vivido. He vivido en el campo, en una pequeña ciudad de California y en Nueva York. Desde luego, he tenido departamento en San Francisco, Méjico, Los Angeles y París, he estado en ellos meses seguidos, pero no era lo mismo. Si he de hablar de las ciudades que me han visto vivir, no puedo tratar más que de aquella pequeña ciudad californiana y de Nueva York. Es una cuestión de entrañas.

La transición entre la pequeña ciudad y Nueva York es un lento y duro nacimiento. Y si quiero escribir lo que fue para mí, no es porque crea que mi experiencia sea única, todo lo contrario. Creo que los millones de neoyorquinos que no han nacido en la ciudad, han conocido poco más o menos la misma experiencia que yo. Y estas líneas reanimarán quizás en ellos horas angustiosas y alegres de sus vidas.

Cuando, en 1925, desembarqué por primera vez en Nueva York, no había conocido nunca, todavía, una gran ciudad. En mis tiempos de estudiante, en la Universidad de Stanford, había hecho algunas visitas a San Francisco y, naturalmente, creía saberlo todo y conocerlo todo, sobre todo en el terreno del vicio en la escala de mis medios. Ahora bien, tenía veintitrés años y mis medios eran insignificantes.

Llegaba por barco, turista, cien dólares. Era en el mes de noviembre. Al salir de San Francisco, tenía aún cien dólares para realizar la soldadura a mi llegada a Nueva York. Si hubiera sido algo más rico, en experiencia o en dinero, no habría invitado a mi bonita compañera de viaje a visitar La Habana de arriba abajo, en un coche de punto, y habría resistido mejor al encanto disipador de los grandes refrescos de ron, esos banquetes desbordantes de frutas sumergidas. Ya no recuerdo muy bien con qué estupendos proyectos había adornado, para conseguir aquella hermosa muchacha, nuestra llegada a Nueva York; teníamos que casarnos, seguramente, e instalarnos en un pequeño hotel particular de Park Avenue, donde tendríamos, en nuestra lista de invitados, solamente a los célebres, los bellos y los libertinos. Sea como fuere, la convencí. Ella había visto las mismas películas que yo, de las que yo había sacado mis modales. Se prestó a mi juego de mundaneidad, mientras fui solvente. Y cuando, al costear el cabo Hatteras, nuestro barco empezó a balancearse en el seno del océano ondulado, el aire perfumado del sur se transformó en cierzo helado, y yo tenía una razón más para sentirme seriamente enfriado. No tenía en el bolsillo, para lanzarme a Nueva York, más que tres dólares. Y eso significaba que el hombre de mundo que yo era no tenía siquiera con qué dar las propinas a los mozos de camarote. Me encerré con doble llave. A intervalos regulares, la chica venía a llamar a la puerta. También a ella le costaba renunciar a nuestro pequeño hotel particular.

Por un ojo de buey, vi la ciudad, y sentí un escalofrío de miedo. Tenía algo de monstruosa, con sus altos edificios como sombras chinescas contra el cielo y sus luces que atravesaban, cimbreantes, los copos de la nieve que caía. Descendí a tierra, desamparado, inquieto, con el estómago encogido de pánico.

El asunto no era realmente trágico. Tenía una hermana en Nueva York que se ganaba bien la vida. Ella tenía marido, que también se ganaba bien la vida. Pues bien, cuan-

do, en California, viene un pariente de visita, siempre hay una buena cama esperándole, aunque sea en el desván, y se le retiene mientras quiera quedarse. Mi hermana ocupaba un departamento muy distinguido. Pero he ahí que se componía de una amplia habitación y una alcoba donde, si uno quería, y uno no quería, se podía cocinar algo sencillo. No podía pensarse en vivir con ellos. Un diván doble que, replegado, servía de sofá durante el día, ocupaba toda la superficie para cama. Mi cuñado me prestó treinta dólares y me pagó un hotel la primera noche. Al día siguiente me procuró un puesto de peón de albañil en una gran obra en construcción y encontré una habitación de un tercer piso de Fort-Green-Place, en Brooklyn. Estar más solo de lo que estuve yo entonces, es difícil. La obra era el *Madison Square Garden*, que estaban a punto de terminar a toda prisa. La jornada normal era de ocho horas pero podía hacerse jornadas de quince horas, y podía hacerse jornadas de dieciocho horas. Yo era fuerte y sufrido. Mi trabajo consistía en cargar cemento, eslabón en una larga cadena, carretilla tras carretilla, hora tras hora. No era fuerte y sufrido hasta ese punto. Eso casi me mató, y eso me salvó sin duda la vida. Estaba demasiado aturdido para ver lo que pasaba a mi alrededor. La mayoría de los hombres de la larga cadena eran negros; aquellos hombres, desgarrados y deshilaclados no tenían aspecto de ser fuertes y sufridos, pero viéndolos pasear sus carretillas de ochenta kilos uno habría creído que mecían una muñeca. Charlaban y cantaban mientras las empujaban. Parecía que la fatiga no les alcanzara. La jornada era como para llorar de larga. No había domingos, pues el domingo había paga doble, el maná del cielo, dos dólares la hora. Si un hombre dejaba su puesto en la cadena, había afuera cincuenta hombres que estaban esperando quitárselo.

Mi conocimiento de la ciudad era vaporoso; luces lace-rantes, y el retumbar del metro, el hueco de la escalera que había que subir, cuatro paredes de un verde sucio, una ca-

ma donde derrumbarse a medio lavar, guiso, café, pan, cafetera, una acera que cabecea ligeramente bajo mis pasos, luego, de nuevo la larga cola de carretillas. Había grandes fogatas de coke llameante donde calentar las manos, y allí calentaba las mías, lo justo para respirar un poco, mucho tiempo después de que ya no las sintiera en absoluto. Recuerdo a un «hombre cayéndose de su andamio, colgado del techo a treinta metros de altura, y viniendo a aterrizar a un metro de mí. En el momento de tocar el suelo estaba rojo, pero la sangre se retiró de su rostro como un telón que se levantara y quedó azul y blanco bajo las luces de la obra.

Ni siquiera sé cuánto tiempo duró ese trabajo. Me parece interminable; quizás fuera un mes o seis semanas. Todavía hoy siento un profundo respeto por aquellos hombres negros que, flexibles como felinos, empujaban incansablemente sus carretillas de hierro llenas hasta el borde de cemento chorreante.

Pero, al final, el *Garden* fue terminado, a tiempo para la apertura de los Seis Días y Tex Rickard nos felicitó a todos sin discriminación de raza o color. Todavía, a veces, cuando paso por delante, me da un escalofrío. Fue en aquella época más o menos cuando mi tío, nuevo rico de Chicago, vino a Nueva York. Estaba en la publicidad y tenía relaciones un poco por todas partes. Era fabuloso. Ocupaba un amplio departamento en el *Commodore*, llamaba a cualquier hora del día o de la noche para que le subieran algo que comer o que beber, y mandaba a cada instante telegramas, incluso cuando no había ninguna prisa. Su paso ha quedado para mí como el símbolo de las delicias de Capua. Mi tío me metió en un periódico, el *New York American*, de William Street. La peor forma de comenzar a trabajar en un periódico es ser impuesto por el propietario al redactor jefe y por éste al redactor de la crónica local. Incluso si uno es bueno, es difícil vencer el resentimiento que eso crea. Y no era que yo fuera bueno, yo era execrable y no tenía la menor idea de lo que debe ser el oficio de periodista. Ahora sé que los

veinticinco dólares que me pagaban cada semanal eran una pérdida integral. Me daban a hacer reportajes en Queens y en Brooklyn y yo me perdía y pasaba horas en encontrar de nuevo el camino. No lograba aprender a robar una fotografía de encima de una mesa cuando una familia se negaba a dejarse fotografiar, y siempre me dejaba atrapar sentimentalmente y hacía todo lo posible para anular un artículo a fin de ahorrar la molestia a su protagonista. Además, era mal repórter. Mi concepción de un artículo no coincidía jamás con la del redactor de la crónica local. Intentaba realmente aprender, pero no tenía pasta para el oficio. Entonces tuve que cubrir los asuntos religiosos, y también allí fue una catástrofe. Si no hubiera sido por mi tío, seguramente me habrían puesto en la calle al final de la primera semana. Pero en lugar de eso me asignaron el Palacio de Justicia. Qué idea les dio, nunca lo sabré. Era un trabajo de especialista. La mayoría de los otros cronistas judiciales frecuentaban el Palacio desde hacía años y yo no sabía nada de los asuntos de los tribunales y también allí me faltaba pasta. Me pregunto si alguna vez podría ser tan generoso hacia un novato como lo fueron conmigo los hombres de la sala de Prensa del Palacio. Se portaron como si yo supiera el oficio pero hacían todo lo posible para enseñármelo de soslayo. Aprendí a jugar al *bridge*, y aprendí a oler los buenos procesos y los escándalos. Me hicieron conocer qué jueces eran aficionados a la publicidad y más de una vez escribieron por mí el artículo cuando había faltado a una audiencia. Y aun hoy les soy deudor de todas sus amabilidades. Sin embargo, nunca supe quienes eran, dónde vivían, qué hacían y cómo vivían una vez abandonada nuestra sala.

Eso tiene una explicación, y una vez más es una explicación que lleva faldas. Había conocido algo a aquella chica en California y era extraordinariamente hermosa. No creo, que exagero retrospectivamente su belleza, pues fue contratada por los *Folies de Greenwich Village* la primera vez

que se presentó; allí; todo lo que tenía que hacer era caminar y mostrarse. Era una suerte porque, precisamente, era la única cosa que habría podido hacer. Ganaba cien dólares por semana. Me enamoré de ella, perdidamente.

Entonces, Nueva York tomó para mí otro aspecto. Yo era repórter, y esa era una profesión bastante romántica. Ganaba la quinta parte de lo que había ganado con la carretilla de cemento. Podía o bien comer, o bien dar mi ropa a lavar, pero no podía pagar las dos cosas a la vez. Mi amiga vivía en Gramercy Park y naturalmente yo me trasladé allí. El viejo *Parkwood Hotel* tenía unas habitaciones minúsculas, en el sexto piso sin ascensor, por siete dólares a la semana. Yo no tenía nada que ver con Nueva York. Era el decorado en el que se representaba mi drama romántico. Aprendí a lavar y relavar los cuellos de camisa y a pegarlos mojados sobre los costados del lavabo. Mi amiga era muy amable. Puesto que ganaba cuatro veces más que yo, financió la mayoría de nuestras cenas íntimas. Cada noche, yo la esperaba a la salida de artistas.

No puedo comprender por qué se molestó tanto en intentar reformarme. Permanecíamos horas sentados en los bodegones italianos bebiendo vino tinto. Yo quería escribir novelas. Ella, teóricamente, estaba de acuerdo pero decía que yo debería, para empezar, entrar en la publicidad. Me ofreció mi tío en bandeja. Yo me negaba. Era el artista pobre, que defendía su integridad amenazada. Me pregunto ahora qué habría pasado si alguien me hubiera ofrecido un empleo en la publicidad. Este dilema me fue ahorrado. Ni siquiera resultaba como periodista.

Era un Nueva York irreal que bailaba la ronda a nuestro alrededor, como los campesinos y los soldados de las operetas de George Abbott. Era el telón de fondo ante el que pasábamos cogidos de la mano. En cuanto se publicara mi primera novela íbamos a casarnos. Estábamos seguros de que la fortuna llega siempre con la primera novela. Empecé a descuidar el trabajo, justificándome con la idea de que,

de todas maneras, lo hacía muy mal. Empecé dos novelas. Pasaba noches en blanco, pero la chica volvía siempre a la carga con su idea de publicidad. Me demostraba que tendría tiempo de escribir más tarde, cuando hubiera triunfado.

Durante todo ese período, jamás miré ni conocí como ser humano a un solo neoyorquino. Para mí, eran todos, solamente, los partiquinos de mi intensa tragedia personal. Luego todo llegó a la vez. Y me alegro de que el encadenamiento de los acontecimientos fuera tal como fue. La chica tenía la cabeza más sólidamente anclada sobre los hombros de lo que habría creído. Se casó con un banquero del Mediano Oeste y se fue allá con él. Todo sucedió sin palabras inútiles. Dejó sencillamente una carta; y dos días más tarde me despedían del *American*. Y ahora, finalmente, la Ciudad me cercaba, y yo tenía miedo. Me puse a buscar trabajo, pero no lo encontraba. Escribí algunos cuentos e intentaba venderlos. Ofrecí mis servicios a otros periódicos, pero eso era evidentemente ridículo. Y la Ciudad, fría y cruel, continuaba *trepando sobre mí*. Empecé a atrasarme en el pago. Siempre me quedaba una carta en la manga: podía buscar contrato en una obra. Tenía un amigo que me prestaba algún dinero de vez en cuando. Pero al final llegué a hundirme lo suficiente para volver a la carga como peón de albañil. Pero ya estaba marcado por mi régimen forzoso de *jockey*. Apenas si podía levantar una pala. Me costaba ganar de nuevo los seis pisos hasta la cama. Mi amigo me prestó un dólar y compré dos barras de pan negro y un cucurucho de arenques ahumados y me encerré en mi habitación durante una semana. Tenía miedo de salir a la calle, un miedo, terrible a los coches y al ruido. Miedo del propietario y miedo de los hombres. Miedo de los amigos.

Entonces uno de mis antiguos compañeros de Instituto me encontró un puesto a bordo de un carguero con destino a San Francisco. Y no me lo hice decir dos veces. La Ciudad me había puesto los pelos de punta. Yo no tenía lo

que se precisaba para abrirse camino en ella. No la dejé con rencor o asco, sino con el respeto que inspira el miedo en estado puro y bruto. Y me volví a mi pequeña ciudad de California; allí trabajé firme, y escribí novelas y cuentos y obras de teatro y antes de que regresara pasaron once años.

El segundo asalto a Nueva York que yo libré, fue diferente pero tan risible como el primero. Después de numerosos intentos infructuosos, una de mis novelas obtuvo un éxito modesto. Mis derechos de autor me parecían regios. Pero, para comprenderlo, se necesitan unas palabras de explicación. Tres de mis novelas precedentes no cubrieron nunca el anticipo que recibí del editor y el anticipo era de cuatrocientos dólares. La mayor suma que haya cobrado nunca por un cuento fue de noventa dólares. Fue por *Red Pony* y la suma era elevada solamente porque la historia era muy larga. Cuando mis derechos por *Tortilla Flat* pasaron la cota de mil dólares y cuando Paramount compró el libro por tres mil (dos mil setecientos limpios), habría debido estar loco de alegría, pero, por el contrario, me sentí asustado. Durante aquellos últimos años, había aprendido a vivir satisfecho y cómodo con un mínimo de treinta y cinco a cuarenta dólares al mes. Cuando aparecieron en mi horizonte sumas gigantescas de dos mil setecientos dólares empecé a temer que fuera incapaz de volver a la antigua sencillez, y realmente no me esperaba que aquellas grandezas duraran. Mi mujer y yo condujimos nuestro viejo Ford Modelo A de Monterrey de California a Méjico; allí pasamos tres meses, visitando el país con todos sus rincones, y regresamos con máscaras de colorinches y cerámicas, y todo eso, comprendido gastos de transporte, nos costó seiscientos dólares. La felicidad en la pobreza es una técnica muy difícil de aprender. Temía que una vez perdida, no se pueda volver a adquirir. Sabía también que tenía una tendencia al lujo que sería muy fácil de exacerbar. Además, tenía, y sigo teniendo, una manía que consiste en comprar

todos los nuevos pequeños inventos. Esta pasión por los artefactos es en mí casi un vicio y una de las pesadillas de mi mujer era que yo anduviera suelto en unos Grandes Almacenes con cinco dólares en el bolsillo.

Así como en mi primer intento Nueva York había sido una negra decepción, cuando el segundo intento la Ciudad personificó la Tentación y yo un San Antonio ambulante. Me había convertido en una celebridad de quinto orden. En un universo reducido, la gente se doblaba en dos ante mí, me invitaban a todas partes, me atiborraban de exquisitices, y me embebían de brebajes aterciopelados y venerables. Y yo, de miedo a perder mi gusto por el vino de veintinueve centavos el litro y los garbanzos, resistía como una mula. Como ocurre con la mayoría de los santos Antonios, si no hubiera sentido una gran atracción por el lujo y el pecado, y para mí los dos se confundían, no habría habido Tentación. Reaccioné sin ninguna originalidad: hoy veo montones de gente que, en el umbral del éxito, se cuadran como yo y me doy cuenta de que no inventé nada. Yo hice e hice como si creyera que detestaba la Ciudad y todos sus artificios y todas sus trampas. En mis oraciones pedía la calma de mi rinconcito contemplativo de la costa de California. Prefería el vino de veintinueve centavos y los garbanzos. Y una vez más, no vi nada de Nueva York. La ciudad me había vuelto a asustar, pero esta vez de forma distinta. Entonces, eché sobre mis ojos un telón de virtud. En una prendería de la 3ª. Avenida compré una carabina Winchester 30-30. Insultaba a cualquiera que intentara ser amable conmigo. Y me escapé de la Mesalina babilónica, muy virtuosamente convencido de que la Ciudad era una gran trampa tendida a mi sencillez y a mi integridad de artista. Y seguía sin haber visto nada de Nueva York como no se refiriera a mis propias fobias no demasiado originales. Incluso me ofrecí el lujo de no poder soportar las muchedumbres. Era para mí mismo un auditorio complaciente. Me pregunto si tuve nunca algún otro.

Y me sumergí de nuevo en el Oeste, construí una nueva casa, compré un Chevrolet e imperceptiblemente me deslicé del vino de veintinueve centavos al vino de cincuenta y nueve centavos. Continuaban lloviendo los derechos de autor. Dispersaba en todas direcciones buena parte de mi nueva riqueza. Cualquier organización podía sablearme, Boys Scouts, Juventud Comunista, Amigos de las Jóvenes, Caridad Cristiana, a las que yo añadía un número incalculable de indigentes que poseían la inmensa virtud de estar sin un cobre. Sentía una especie de remordimiento a la idea de recibir y amontonar dinero, pero eso no me impedía comprar todos los nuevos ingenios que inundaban el mercado y pasé al vino de setenta y nueve centavos criticándolo todavía si sabía demasiado a *keroséne*. En esa época iba con frecuencia a Nueva York en viaje de negocios, pero representaba tan a fondo mi papel de hombre del campo que no contemplaba la Ciudad: estaba demasiado ocupado en gozar de la victoria que obtenía sobre sus artificios y sus trampas. Tenía una obra de éxito representándose, pero ni siquiera me dignaba ir a verla. Decía que no me interesaba, pero es probable que tuviera miedo de verla. Incluso fabriqué una leyenda según la cual odiaba el teatro. Y mis visitas a Nueva York se parecían mucho a las visitas del Ejército de Salvación a los lupanares, necesarias y fascinantes pero desagradables, sin embargo.

Cuando volví a la Ciudad para incrustarme en ella, fue también obra de una mujer. Si miro hacia atrás ahora, confortablemente instalado en la lucidez de la edad madura, puedo darme cuenta de que la mayoría de mis decisiones heroicas han tenido por inspiradora a una mujer. Un equilibrio innato me ha impedido siempre añadir la mujer a mi largo catálogo de pecados. Y yo, que desconfiaba del lujo, he sido siempre un primo para ese lujo, el más suntuoso de todos, la mujer. Tomé un departamento en la calle 51, entre la 1ª. y la 2ª. Avenida, pero me negaba aún a abandonar mis prejuicios. Mi nuevo departamento estaba constituido

por los dos primeros pisos de una casita y el salón daba sobre un campo de hollín llamado jardín. Dos árboles triunfantes, dos Eolantes de Brooklyn, lograban sobrevivir, e incluso sacaban brotes en el polvo de carbón y ácido nítrico que son el oxígeno de Nueva York.

Es raro, realmente, ver claro en el propio pasado. Iba a vivir en la Ciudad, pero iba a hacer todo lo posible para no encontrarme cara a cara con ella. Planté césped en el jardín, compré inmensos cajones, sembré en ellos tomates cuyas flores nacientes coloreaba yo a golpe de acuarela. Me traje de Rockland toneladas de helechos, cavaba los canteiros e incluso comencé un huerto de zanahorias, nabos y cebollas. A medida que cada una de mis empresas hortícolas se ajaba y moría, la reemplazaba por otra, intentando algo nuevo.

Ahora puedo darme cuenta de que había urdido una confabulación contra mí, de la que ni siquiera era consciente. Caminaba kilómetros por las calles, era necesario que comenzara a conocer al carnicero, a la vendedora de diarios y a la taberna de la esquina, como a seres humanos y no como espantapájaros o enemigos.

He hablado de eso a mucha gente, y parece que es una experiencia mística. La gestación es inconsciente, la revelación es fulminante. Yo recuerdo dónde y cuándo me ocurrió a mí. Otros me han dicho haber vivido la misma experiencia.

Fue en la 3ª. Avenida. El metro trituraba los raíles sobre mi cabeza. El torrente de la acera me encerraba en un alto muro de nieve sucia y los cubos de desperdicios abandonados estaban tirados por cualquier parte. Viejos papeles endurecidos por el frío remolineaban a mi alrededor, sacudidos por el viento helado. Me detuve para contemplar, en el escaparate de una pinturería, un títere desarticulado que un motor invisible tiraba de los hilos, y fue entonces cuando, de repente, algo estalló en mí, una especie de deslumbramiento.

miento mezclado de emoción que quería decir: «Dios mío, pertenezco a esto; es maravilloso».

Y se hizo el equilibrio. Me sorprendí mirando los rostros de los transeúntes. Observaba todas las puertas, los huecos de las escaleras que conducían a los hombres a sus casas. Escrutaba, desde el otro lado de la calle, las ventanas y las cortinas de encaje y las macetas de geranios que alegraban los cristales sucios de hollín. Era magnífico, pero lo que era más magnífico todavía era que yo formara parte de todo aquello, que no fuera ya para todo aquello un extranjero. Me había convertido en neoyorquino. Quizás hay gentes que se instalan fácilmente en Nueva York sin pasar por los dolores de esta larga aclimatación. Pero la aceptación, cuando al fin se revela, es doble. La Gran Ciudad misma acaba por aceptaros igual como acabáis de aceptarla a ella. Los que han nacido en Nueva York no tendrán jamás esta revelación, y no sé si hay que compadecerles o envidiarles.

He reflexionado mucho sobre esta cuestión y casi estoy seguro de que mis conclusiones son exactas por lo que a mí se refiere. Si lo son para otros, me pregunto. Sin embargo es cierto que un joven, en una pequeña ciudad, puede, si arma mucho ruido, impresionar a su vecino. Es conocido, su familia es conocida, la gente le espía con benevolencia o con maldad, pero con interés. Viene a Nueva York y aquí, haga lo que haga, nadie le presta la menor atención. Provoca a duelo a la Ciudad y la Ciudad lo abate sin que él se dé cuenta siquiera. Y el golpe es duro para el ciudadano de la pequeña ciudad. Empieza a odiar al gran mecanismo que le ignora, a los hombres que le ven desnudo a través de sus corazas. Le invade una especie de torpeza arisca. Todos los hombres con quienes se roza son fríos, rudos y cínicos. Y luego un buen día se siente a sus anchas, se instala en la Gran Ciudad y deja de combatir. La Gran Ciudad es demasiado gigantesca para saber ni siquiera que él existe, y el ser ignorado por ella es precisamente lo que, de pronto, le encanta. Y toda su torpeza deja paso a una gran libertad. Si

viste como un príncipe, en la ciudad hay cincuenta mil hombres que visten como reyes. Si va zarrapastroso, se cruza en el camino con millones que van andrajosos. Si es alto, la Ciudad se puebla de gigantes, y la Ciudad pulula de enanos si es pequeño. Si es feo, cada racimo de casas alberga diez espantosos horrores y si es bien parecido la competencia es aplastante. Si tiene talento, allí hay talento para dar y vender. Si intenta asombrar a la gente paseándose envuelto en una toga, ve al otro lado de la calle a un hombre que deambula con una piel de leopardo encima. Haga lo que haga, diga lo que diga, lleve lo que lleve, piense lo que piense, no es único en su especie. Y cuando acepta esta verdad, ella le confiere una libertad total, pero si la rechaza, se condena al miedo.

No creo que Nueva York sea como las demás grandes ciudades. No tiene el carácter de Los Angeles o de Nueva Orleans. Tiene, todos juntos, todos los caracteres: es cósmico. Puede destruir a un hombre pero, si éste conserva los ojos abiertos, no puede jamás aburrirle.

Nueva York es una ciudad fea y sucia. Su clima es horrendo, su política gran guiñolesca, su circulación una infernal zarabanda, y la competencia que en ella se libra es criminal. Pero Nueva York tiene una virtud inmensa: se pega a la piel y, si uno ha vivido en su seno, ninguna otra ciudad puede sustituirla. Llena la vida con todas las bellezas y con todas las fealdades; la masa hormigueante, el arte, el teatro, la literatura, los grandes negocios, el crimen, la bebida, el lujo y la miseria se codean. Nueva York es todo de cada cosa. No se detiene jamás, ni siquiera por la noche. Es incansable y su aire rebosa energía. En Nueva York, más que en ningún otro lugar, puedo dedicarme más totalmente y durante más tiempo a mi trabajo, sin sentir fatiga.

El destino de todos los que van a vivir a Nueva York es recibir visitantes de su provincia natal. Aterrizan armados de una lista de lugares y de espectáculos que quieren ver. Durante una semana, uno los lleva de un lado para otro, a